

Octubre

Welcome to my life

Como dijo el filósofo Jagger,
«You can't always get what you want».*

Gregory House,
House

* «No puedes conseguir siempre lo que quieres.»

Lunes, 16 de octubre de 2006

8 h 59

Hay personas que son capaces de levantarse en cuanto suena el despertador, meterse bajo la ducha mientras el agua de su té verde biológico de comercio justo se calienta y embutirse en sus ropas perfectamente planchadas para ir a tomar el desayuno nutricionalmente equilibrado que recomiendan la publicidad de la tele y los dietistas. Después de haber lavado los platos y guardarlos cuidadosamente en su sitio, estas personas agarran su abrigo y su maletín y se dirigen al trabajo con paso alegre y dinámico.

Y luego estoy yo. Siempre vuelvo a dormirme después de haber apagado el despertador, me levanto a la hora en que ya debería estar instalada en mi despacho dispuesta a iniciar la jornada, agarro la ropa de la víspera del sitio donde la he dejado antes de acostarme (es decir, tirada en un montón junto a la cama) y bajo las escaleras mientras me pongo el abrigo y me prometo que esta noche me acostaré más temprano.

Promesa que evidentemente no mantengo, lo que hace que cada mañana tenga que recorrer esprintando los últimos quinientos metros que me separan del edificio donde trabajo y llegue siempre con la lengua fuera. El día de hoy no constituye ninguna excepción, y me presento doblada en dos por el flato, con la cara violeta y los vaqueros aún más arrugados que cuando me los puse hace veinte minutos, en la entrada principal del Ayuntamiento donde ocupo, desde hace seis meses, el puesto de encargada de misión adjunta al director general de Asuntos Internacionales y Europeos (AIE), título abstruso que podría resumirse de forma más

trivial en «encargada de misión papelera de la AIE, departamento cuarto trastero». Un título menos rimbombante que el que está inscrito en mi tarjeta de visita, pero claramente más revelador de lo que hago.

9 h 25

Mis esperanzas de poder hacer una entrada discreta se desvanecen del todo cuando distingo, bloqueando la entrada, a la insoportable directora de Asuntos Internacionales, Clothilde Richard. Clothilde, más conocida por el nombre de la Lianta, oculta, bajo la bandera del servicio público, una ambición desmesurada y no duda en repetir a la menor ocasión que su puesto solo es un trampolín hacia la fantástica carrera diplomática que piensa tener a medio plazo. Desde hace ocho años prepara, con un éxito muy relativo, su partida hacia un mundo mejor. Mientras la Lianta habla con animación, Coralie, la asistente del director de la AIE, la contempla con el aire embobado de la enfermera que se acuesta con el neurocirujano. En el momento en que estoy pensando en meter mi abrigo en el bolso y decir que acabo de llegar de una reunión en otro piso, Coralie me anuncia:

—He dejado los dos últimos presupuestos en tu escritorio. Te he puesto un post-it con las consignas del Jefazo... como tenía que irse a su reunión de las nueve y tú aún no habías llegado... —explica subrayando la frase con una mirada cargada de sobreentendidos.

Siempre igual, mi querida Coralie «Embobada» Montaigne, agujero negro cerebral y auténtica portera del departamento. Enganchada a la máquina de café como un enfermo de insuficiencia renal a su diálisis, Embobada se pasa las tres cuartas partes de su tiempo frente a la puerta de entrada, y el cuarto restante, lógicamente, en los lavabos, por la razón antes invocada.

Lunes, 16 de octubre de 2006

Cada día se levanta con una misión: hacer avanzar los límites de la estupidez. Misión que ejecuta con un talento que provoca admiración. No cualquiera puede ser Embobada.

Aparte de poseer una habilidad poco común para colocar sistemáticamente las cartas del revés en el fax y fotocopiar los documentos dejando puesto el post-it «¡copiar, urgente!» sobre el vidrio de la fotocopidora, Embobada nunca pierde una ocasión de denunciar a los que llegan tarde ante su Jefazo. Y hay que decir que yo le proporciono abundante material para la denuncia.

9 h 36

Llego al despacho que comparto con Monique, una de las encargadas de misión de la Lianta. Una de las claves del éxito en este departamento es dar una impresión de intensa actividad. Apenas llegada, vuelco mi bolso y distribuyo concienzudamente su contenido sobre el escritorio: programa nacional de reforma francés, ladrillo sobre la gestión financiera de las colectividades locales, informes legislativos, memoria USB, agenda, bloc de notas y dos gruesas carpetas de cartón cuyo contenido desconozco. Pronto no queda libre ni un centímetro cuadrado. Estoy oficialmente preparada para hacer como que trabajo.

Durante mucho tiempo creí que mi gen de la pereza era recesivo; pero luego me incorporé a la función pública territorial y constaté que, en un ambiente favorable, podía expresarse plenamente incluso después de haber permanecido en estado de latencia en mis años de estudios, pasados principalmente, no en aprender gran cosa, sino en ser seleccionada. Selección que se revela como un auténtico antitráiler de la película que se encontrará el feliz laureado cuando aterrice en la administración. Los esfuerzos requeridos para integrarse en el mundo del funcionariado son inversamente

proporcionales a los que deberá —o no deberá— desplegar una vez en el cargo.

Como me había prometido Embobada, encuentro un enorme expediente marcado con un post-it en el que ha apuntado esta sobria indicación: «Hacer quesitos». Abro el expediente y cojo los dos cuadros recapitulativos de los años precedentes.

«Hacer quesitos» significa, en el idioma de Embobada, presentar un puñado de gráficos Excel para comparar la evolución de las diferentes partidas presupuestarias del departamento en dos años, lo que debería llevarme unos veinte minutos y asegurarme el eterno agradecimiento del muy impresionable director general de Asuntos Internacionales y Europeos, Bertrand Dupuy-Camet, incapaz de encontrar el programa para sumar dos y dos en su ordenador.

Si a eso se añaden los cuatro informes parlamentarios que debo sintetizar y las dos reuniones en las que tengo que hacer acto de presencia, evalúo mi trabajo de la semana en ocho horas. Es decir, una cargada semana de trabajo en este mundo profesional como mínimo desconcertante.

La primera vez me quedé tan pasmada que me entraron ganas de reír. Los cinco primeros minutos. Porque haber estudiado tanto para esto me parecía una locura. Ocho años, de entre los cuales dos de esclavitud en el curso preparatorio, dos en Ciencias Políticas y dieciocho meses en la ETA (no la banda terrorista, sino la Escuela Territorial de Administración, que forma a los administradores territoriales franceses).

Ocho años para esto.

Me di cuenta de cuál iba a ser el ritmo de trabajo el mismo día de mi llegada, cuando el Jefazo depositó sobre mi escritorio unas cincuenta páginas de documentos con aire incómodo:

—¿Podría hacerme una síntesis de este expediente sobre la utilización de los fondos europeos? Tiene una sema-

na. ¿Cree que le bastará? —me preguntó con el rostro deformado por el temor a ser tomado por un esclavista.

—¿Es una broma? —pregunté yo, incrédula.

—Sí, ya sé... —añadió—, es..., ¿cómo decirlo?

...¿pasmoso pensar que voy a necesitar cinco días para escribir un resumen que habré acabado de redactar en dos horas, pausa incluida?

—... mucho trabajo. Pero bueno, también puede entregármelo a mitad de la semana que viene, si no ha acabado. No hay ningún problema —añadió antes de abandonar mi despacho dejándome pensativa...

Una hora y media más tarde, la impresora escupía mi resumen y yo me preguntaba dónde había ido a aterrizar.

Hoy, mientras me conecto a la red del departamento, sé exactamente dónde he aterrizado: en un universo absurdo en el que los que menos hacen se declaran desbordados y donde las 35 horas de trabajo no se alcanzan en una semana sino en un mes.

Selecciono las cifras de las principales partidas presupuestarias, las copio en una página nueva y empiezo a hacer los gráficos que me han pedido.

Una vez he acabado los famosos quesitos, los copio y pego en una página Word, añado algunos títulos y comentarios para explicar las variaciones y pongo en marcha la impresora. Ése es el momento que elige Paloma, la última adquisición de la Lianta, para presentarse en mi despacho.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —grita.

Paloma nos ha llegado directamente de España. Y en los tres meses que hace que se ha incorporado a nuestro departamento me ha llevado a reconsiderar mi postura con respecto a la Unión Europea: ¿realmente era tan buena idea lo de la libre circulación de personas?

Porque Paloma nos ha sido endosada por la administra-

* En español en el original. (N. del T.)

ción española bajo el pretexto falaz de que una mirada externa sobre nuestras prácticas sería beneficiosa tanto para Francia como para su país.

Realmente había que ser idiota para tragarse semejante argumento.

Y por eso estaba claro que siempre podría encontrarse al menos a un jefe de departamento al que el asunto le pareciera «genial e innovador».

Y el truco, en efecto, funcionó.

Viéndose ya elevada al rango de promotora de una Nueva Administración cuya eficacia solo podría aumentar con su apertura al mundo, la Lianta perdió el poco sentido común que le quedaba. Se imaginó fotografiada en todos los libros de Historia, cogida del brazo con su homólogo en la administración española como una nueva pareja a lo Mitterrand-Kohl, y dijo que sí.

Tres días más tarde, Paloma desembarcaba en el departamento y los españoles lo celebraban con champán. ¡Por fin se habían deshecho de ella!

Pero, para nosotros, el infierno sonoro había empezado. Porque Paloma no habla: Paloma cacarea, cloquea, aúlla, y es incapaz de acabar una frase sin subrayarla con un estallido de risa que, en los dos primeros minutos produce un efecto refrescante, pero despierta unas terribles ansias de matar más allá de este plazo. Y seis meses es un plazo muy largo.

Demasiado largo.

Paloma se entusiasma por todo sin excepción. Todo le parece genial: el puré grumoso de la cantina, la reunión de servicio ... Y la ecuación *Paloma contenta igual a Paloma aún más ruidosa* es dolorosamente exacta.

Paloma es bilingüe. Al menos en su currículum, porque en la vida real eso no es tan evidente. Mis rudimentos de español se limitan a pedir «una tapa de tortilla, por favor».*

* En español en el original. (N. del T.)

Paloma, sin embargo, no debe de haberse enterado de que no hablo su idioma, porque se obstina en dedicarme largas parrafadas en la lengua de Cervantes y de Penélope Cruz en cuanto se tropieza conmigo. Y para mi gran desesperación, lo hace con mucha más frecuencia de lo que a mí me gustaría.

—¿Monique no está? —trompetea esta versión lisérgica de un niño de guardería mientras escanea con la mirada la habitación de diez metros cuadrados.

—Sí, está en el armario, ahí en la esquina.

—¿Por qué?* ¿No está mucho apretada dentro? —me pregunta Paloma, dando prueba una vez más de su nulo sentido de la ironía.

Me mira, incrédula, y juraría que por un instante se plantea la posibilidad de ir a abrir la puerta. Solo para asegurarse. Decido aclarar el asunto.

—Se ha tomado el día libre.

Paloma inspira hondo, frunce el ceño, se muerde el labio inferior, con la frente arrugada en un esfuerzo sobrehumano, y luego me mira con aire desesperado y se retuerce las manos en un gesto de súplica.

¡Vamos, valiente, dispara de una vez!

Encogida detrás de mi ordenador, espero al estallido, que no tarda en llegar.

—Yo no podré ser a la reunión de servicio, pero es muy importante que tú tomas notas por mí.

Maldita sea.

La reunión de servicio.

Me había olvidado completamente.

Las reuniones son la ocupación favorita de los funcionarios territoriales, justo por delante de los Comités de Seguimiento y los Grupos de Trabajo (no hay que olvidar las mayúscu-

* En español en el original. (*N. del T.*)

las, que refuerzan la importancia de estos oscuros grupúsculos de utilidad aún no demostrada). Si la reunión transcurre realmente bien, si consiguen hacer que se alargue lo suficiente, luego podrán darse el gusto de fijar una segunda mañana para «cerrar» lo que hubiera debido decidirse en la primera. Y entonces, con un poco de suerte, harán el informe y el análisis del retraso acumulado en la primera reunión durante la tercera, la cuarta o, si realmente van al fondo del asunto, durante la quinta.

En estas reuniones nunca se llega a una conclusión. Aunque, dado que los funcionarios se reúnen exclusivamente por el placer inconmensurable que les produce estar juntos y que jamás se define un objetivo preciso, tampoco tienen ninguna intención de llegar a una conclusión. Se habla. Mucho. Se escucha. Poco. Y sobre todo la gente grita, hace aspavientos. Y este proceso se prolonga durante horas. Pero las reuniones producen la impresión de que se trabaja, y en un mundo profesional fundado en lo ilusorio, eso es más que suficiente.

Durante mis primeras prácticas en la administración territorial yo pensaba ingenuamente que las reuniones servían para tomar decisiones, para encontrar soluciones concretas a los problemas. Necesité varios meses para darme cuenta de que las reuniones son, a ojos de los funcionarios, pretextos para darse importancia ante sus superiores jerárquicos y una ocasión de oro para no hacer nada durante este lapso de tiempo.

La reunión de servicio proporciona semanalmente, a cada uno de los directores y encargados de misión del departamento, la ocasión de entregarse a una especie de competición para ver quién hincha más sus resultados. Si cumplieran la cuarta parte de lo que explican, nuestro departamento funcionaría como los ángeles. Lo que está lejos de ser el caso.

11 h 12

Como la reunión de servicio estaba convocada a las once, el departamento empieza a moverse perezosamente hacia la sala de reuniones a las once y diez.

Embobada se precipita al exterior para fumar un último cigarrillo para «desestresarse», según explica.

Sabiendo que se ha pasado la mañana patrullando entre la máquina de café, la fotocopidora y, lógicamente, los lavabos, es natural preguntarse dónde ha podido acumular ese estrés.

11 h 20

Los dos jefes de departamento y su horda de encargados de misión y de secretarías llegan uno a uno a la sala de reuniones.

Luego entra Bertrand Dupuy-Camet. El Jefazo es un francés típico. De estatura media, de inteligencia media y sin ningún signo distintivo especial si se exceptúa la panoplia de aparatitos que ha recolectado conforme iba ascendiendo en el organigrama. Su BlackBerry último modelo es, sin duda, la única prueba tangible de su calidad de director general: en cuanto las reuniones empiezan a ponerse técnicas, el hombre adopta un aire azorado que revela que también él se plantea la cuestión que me tiene intrigada desde mi llegada: ¿cómo lo ha hecho para llegar donde está?

Al contrario que otros directores generales, el Jefazo es increíblemente amable. Una cualidad muy valiosa cuando se aspira a ser un amigo leal y accesible para el entorno próximo, pero que se revela catastrófica cuando se dirige un departamento en el seno del cual existen tantos vagos impenitentes como ambiciosos trepadores que sueñan con sentar su maquiavélico trasero en su butaca.

A la derecha del Jefazo, lo bastante cerca como para poder lamerle las botas, la Lianta hace carantoñas mientras agita con elegancia sus manos recién salidas de la manicura. Al otro lado, Embobada se dispone a asumir su rol de escriba y desenvaina su bolígrafo, lista para transcribir todas las burradas que se vayan soltando.

Aunque hace más de diez días que la nueva becaria vaga de despacho en despacho, el Jefazo considera necesario tomarse cinco minutos al inicio de la reunión para presentárnosla oficialmente. Es su lado dadivoso. El hombre se lanza a describir las funciones de cada uno de los presentes: dos departamentos dirigidos respectivamente por Pierre-Gilles Dugain y Clothilde Richard, y luego los encargados de misión y sus respectivas asistentes (saber a qué departamento corresponde cada asistente es una cuestión para la que hace tiempo que he dejado de buscar una respuesta). El Jefazo acaba con su equipo personal: su secretariado, compuesto por Michelle y Embobada, y su encargada de misión «transversal» —que recupera todos los expedientes podridos de los que nadie quiere ocuparse—, es decir, yo. La becaria asiente a todo mientras toma compulsivamente notas que nunca releerá.

Un rápido vistazo a su currículum me informa de que es titular de una licenciatura en Historia del Arte. Probablemente es hija de uno de los directores de la colectividad. Nadie obtiene una beca larga en Asuntos Internacionales con un diploma que no tiene absolutamente nada que ver con lo que se supone que hay que hacer aquí.

La exposición concluye con un batiburrillo de barbarismos: «proyecto de servicio», «objetivo a corto término», «indicadores», «prospectiva», «*inputs*», «*benchmarking*», «*management*», «*engineering*»... Todo tan alejado de la realidad que me pregunto por un instante si realmente se está refiriendo a nuestro trabajo.

Acto seguido el Jefazo pasa lógicamente al único tema que interesa de verdad al equipo: las vacaciones de Navidad.

Si bien la Lianta adopta una actitud de marcada indiferencia durante el debate —su rango de jefa de departamento hace que ya haya fijado las fechas que le convenían—, éste deriva rápidamente hacia una discusión barriobajera entre los encargados de misión, hasta que Pierre-Gilles toma las riendas y, tras desenvainar su Palm Pilot, empieza a repartir las vacaciones y las permanencias en el seno del polo Asuntos Europeos.

Su encargado de misión, Léon, interrumpe súbitamente su ocupación del momento —dibujar círculos en su agenda— y se incorpora penosamente. Con él, las normas de cortesía de nuestras abuelas, que exigían sentarse recto, han saltado por los aires; porque Léon ni siquiera está sentado en su silla, sino desplomado sobre ella, aguantándose la cabeza con su mano regordeta. El hombre masculla que no: el 24 de diciembre no puede estar en la oficina. Se va al extranjero el 21 y no vuelve hasta principios de enero; por tanto, el 24 no se puede contar con él.

Sucumbiendo a un súbito arrebató de realismo, el Jefazo explica que, francamente, consagrar la reunión de servicio a distribuir los turnos de vacaciones no es una prioridad, y se vuelve hacia la Lianta, que solo esperaba este momento para lanzarse a la palestra y anunciar a la concurrencia que está «completamente des-bor-da-da».

Si hay una frase recurrente en los pasillos del departamento, ésta es, sin duda, «en este momento estoy des-bor-da-do». ¿Desbordado? Sería lógico preguntarse por qué, dado que los informes trimestrales de actividades no permiten en absoluto presumir la existencia de ningún tsunami de expedientes, de continuas avalanchas de deliberaciones por redactar ni de funcionarios ahogados bajo un montón de notas pendientes.

Todos los trimestres, el Jefazo compulsa el susodicho

informe y levanta una ceja con aire circunspecto antes de soltar en tono incrédulo: «¿Realmente esto es todo lo que hemos hecho en tres meses?».

Y eso a pesar de que yo, como redactora oficial de dos informes de actividades, me esfuerzo en hacer un inventario más que minucioso de lo ejecutado. Cualquier expediente ojeado por encima, por pequeño que sea, se metamorfosea en una «consulta», la mayoría de las llamadas son catalogadas como «conferencias telefónicas», y la menor nota pasa a convertirse en una «exposición argumentada».

No se trata de exageraciones, no, y aún menos de mentiras. Es una utilización perfectamente controlada de la licencia poética.

Generalmente, el supuesto desbordamiento de los funcionarios es inversamente proporcional a la carga de trabajo que soporta la víctima del *overbooking*, que sería incapaz de enumerar los expedientes que, según dice, amenazan con aplastarle. O de especificar de qué tratan los dossiers llegados de no se sabe dónde que se apilan sobre su escritorio, por encima del catálogo de Ikea y de las revistas de cotilleos *Marca*, y que señala como prueba de su sobrecarga de trabajo.

La Lianta, que se ha convertido en una especialista en el arte de declararse desbordada, aprovecha cualquier oportunidad para clamar que su situación es insostenible y, llevando su vicio al extremo, llega a afirmar que se ve obligada a trabajar los fines de semana. No hay una reunión de servicio en la que no represente en algún momento su papel de plañidera ante el Jefazo, suplicándole que la alivie un poco de su carga de trabajo para que le quede «al menos el domingo por la tarde».

Las conclusiones que el Jefazo y yo extraemos de este espectáculo difieren radicalmente.

Mientras él se seca a hurtadillas una lágrima de emoción y agradece a su buena estrella poder tener en su servicio a semejante perla, yo tengo que hacer grandes esfuerzos

para no echarme a reír. Por desgracia, la razón del más fuerte siempre es la mejor, y la comedia de la Lianta funciona de maravilla.

12 h 35

Después de su cambio de *look*, hace unos dos meses, la cantina —que antes tenía el aspecto de un clásico comedor de instituto— parece ahora un acuario psicodélico adosado a un inmenso muro verde césped e iluminado por lámparas halógenas que difunden una luz blanca que te perfora las retinas.

El arquitecto, que no dudó en describir su obra como un espacio de vida y de intercambio, un «nuevo jardín del Edén de inspiraciones heteróclitas» (sic), ha conseguido la hazaña de desplazar el problema de las colas de espera: aunque es verdad que ahora no esperamos tanto como antes en el *self service*, no es extraño que permanezcamos veinte minutos de plantón, con la bandeja en las manos, antes de que quede libre una mesa, dado que el brillante decorador tenía un gran interés en «romper la uniformidad alienante de este lugar de relajamiento y sociabilidad» y por ello instaló mesas de las formas más variadas que solo tienen una cosa en común, y es que permiten almorzar a un número mínimo de personas sentadas al mismo tiempo.

Hoy, encajada entre Embobada y Paloma en un banco previsto para dos personas, me pregunto si comprimir durante la comida a los aproximadamente setecientos funcionarios que trabajan en el Ayuntamiento en un espacio pensado para albergar a menos de cuatrocientos contribuye realmente a la relajación y la sociabilidad.

Acceder al jardín del Edén tiene un precio: la administración ha tenido que dilapidar más de un millón de euros para que podamos tomar nuestras comidas en un espacio salido del mal viaje que le dieron unos hongos alucinógenos a

un fetichista del césped. Si bien el tiempo de espera en este paraíso es comparable al de los más famosos restaurantes parisinos, nuestra cantina no tiene, por desgracia, su carta. Aunque hay que reconocer que, a medida que la calidad de las comidas se degradaba, el jefe de cocina ha dado prueba de una imaginación desbordante al poner nombre a sus platos.

Pruebo sin entusiasmo mi «gratinado de salmonete empanado y salsa de gambas a la corteza de cítricos», que se parece terriblemente a un pescado empanado Findus recubierto con una mezcla de la salsa servida el viernes pasado, un limón reseco y zumo de naranja envasado, y mientras aparto pacientemente las espinas y las pepitas, me fijo en que la Lianta se ha colocado más recta que un legionario al escuchar el sonido de la corneta. ¿Cómo he podido olvidarme? Hoy no solo es el día de la reunión de servicio, sino también el día de la reunión de los directores generales.

Aunque nuestra cantina es el lugar menos apropiado para ese tipo de actividad, el día de los directores generales lo pasamos oyendo hablar, entre bocado y bocado, de concursos públicos y otros convenios de colaboración. Un observador exterior se quedaría maravillado: ¡Qué esclavos del trabajo, estos funcionarios! ¡Incluso durante sus horas libres se dedican a hablar de sus ocupaciones!

Pero estarían cometiendo un grosero error. Estos supuestos obsesos del trabajo en realidad están fingiendo. Lo que pasa en realidad es que el día de la reunión de los directores generales, el director general de servicios del Ayuntamiento, el Gran Jefe Sioux —si no ha conseguido hacerse obsequiar con una buena comida a cargo de la colectividad en alguno de los grandes restaurantes de los alrededores—, desembarca en la cantina.

Y en esos casos hay que estar preparado para sacar el *tema clave*, aquel que le haga comprender al Gran Jefe lo increíblemente valioso que eres tú no solo para el Ayuntamiento, sino para el resto del mundo. Que se sienta un pri-

vilegiado no ya por poseer dos sofás, un lector de DVD y una televisión con pantalla de plasma en el pisito de soltero que él llama su «despacho», sino por contar contigo entre su tropa. En la gran guerra por la mejora del servicio público en la que el Gran Jefe Sioux participa activamente —aunque solo sea por la pasta que le ha costado al Ayuntamiento su tele—, tienes que conseguir convertirte en su soldado favorito.

Mientras trato de eliminar el gusto del salmonete con un gran vaso de Coca-Cola, la Lianta es víctima de un violento espasmo.

—El director general, el director general. Está ahí, está ahí... —se pone a cacarear, con el rostro deformado por la excitación ante la perspectiva de poder sumar puntos.

—Está ahí todos los lunes. Justo el único día en que almuerza usted en la cantina. Qué coincidencia más curiosa, ¿no? —le hago notar.

—Paloma, qué piensa, ¿cree que deberíamos desarrollar la cooperación con Navarra? Teniendo en cuenta el peso de nuestra industria automovilística, me parecería extremadamente razonable establecer un diagnóstico sobre el potencial económico de esta región. Un poco de *benchmarking* con las otras colectividades que han desarrollado colaboraciones de este tipo con comunidades autónomas españolas —exclama aumentando progresivamente el tono de voz conforme el Gran Jefe Sioux avanza hacia nuestra mesa.

Está claro que alguien ha echado una ojeada a la Wikipedia esta mañana...

Poso la mirada en Paloma, que tiene el aspecto de estar tratando de dividir mentalmente 7.653 entre 345. Cuando la Lianta le habla contesta con un «ah, ya veo, sí», mientras su mirada azorada revela que no ve nada de nada.

—¿Por qué* ella habla a mí de Navarra? —me susurra al oído.

* En español en el original. (N. del T.)

—Porque Navarra es un tema muy adecuado para darse pisto ante ese gran disléxico que tenemos como director general —sugiero en el mismo tono.

—¿Qué?* Ah, ya veo, sí.

—Te dibujó el mapa: la Lianta querría que el Gran Jefe Sioux se fijara en ella. Y del mismo modo que las adolescentes cacarean ante la proximidad de los chicos para hacerse notar, la Lianta habla en voz muy alta sobre temas que cree que domina. Espera que se fije en ella y la felicite por su excelente trabajo.

—Pero el suyo trabajo no es en absoluto excelente —objeta Paloma, cuyos conocimientos lingüísticos no me parecen, al fin y al cabo, tan catastróficos.

—Supongo que conoces el dicho: «En el país de los ciegos, el tuerto es rey». Quiero decir que la excelencia, sobre todo aquí, es una cosa muy relativa.

—Ah, ya veo, sí.

Y efectivamente, como el resto de la mesa, Paloma es testigo de la actuación de la Lianta, que expone al Gran Jefe Sioux su brillante idea de colaboración, interrumpiéndose solo para soltar una risita ahogada ante el enésimo chiste mediocre de un director cuyo único objetivo es, probablemente, poder comerse su «gratinado de salmonete empanado y salsa de gambas a la corteza de cítricos» antes de que se enfríe.

Jueves, 19 de octubre

9h 12

Entro en mi despacho y me desplomo sobre la silla. Enciendo el ordenador y tecleo mi contraseña. Monique ha vuelto.

* En español en el original. (N. del T.)

Como de costumbre, se encuentra en plena conversación telefónica y no parece percibir mi presencia.

La primera visión que tuve de Monique el día de mi llegada fue la de un par de nalgas rotundas embutidas a duras penas en una falda de tweed: arrastrándose a cuatro patas sobre la moqueta. Monique estaba buscando, en el momento en que el Jefazo y yo entramos en el despacho, un enchufe para recargar uno de sus numerosos teléfonos.

En absoluto impresionado por esta horrenda visión, el Jefazo me dio unos golpecitos en la espalda como un veterinario que está preparando a un gato para una inyección y me anunció:

—Éste es su despacho.

Luego, dirigiéndose al par de nalgas, añadió:

—Monique, en adelante compartirá despacho con Zoé Shepard, mi nueva encargada de misión.

Finalmente, el par de nalgas acabó por levantarse y Monique se presentó:

—Encantada, yo soy Monique y soy encargada de una misión. No encargada de misión.

Sutil matiz.

Monique no creyó conveniente precisar de qué misión exactamente estaba encargada.

Hoy, después de todos estos meses, puedo afirmar sin temor a equivocarme que la misión de Monique en la administración es la de comprobar el buen funcionamiento de su instalación telefónica. Porque a Monique le encanta telefonar. De hecho, si lo pienso bien, es prácticamente la única actividad que realiza. De forma intensiva, eso sí.

Sin descanso, con una conciencia profesional digna de admiración, Monique telefona y telefona.

Por la mañana, de un despacho a otro, como calentamiento, para preguntar quién irá a buscar las pastas a la panadería. Luego, con una taza de tisana en una mano y un croissant con almendra en la otra, se encaja el teléfono bajo

la oreja e inicia su jornada de trabajo: llamada a su hija —«sí, esta noche me quedo con los niños»—, a su hijo —«tu hermana me toma por una canguro»—, a su marido —«tus hijos se han aliado contra mí, a veces tengo la impresión de que me he convertido en su chacha», sus amigas —«no sé qué le pasa a Georges últimamente, pero está de un gilipollas..., ¡la verdad es que te envidio, no sabes la suerte que tienes de ser viuda!».

Porque Monique no dispone de ningún filtro entre sus pensamientos y sus palabras.

Lo que Monique piensa, Monique lo dice.

Cuando no telefonea, Monique habla. De lo que mejor conoce: de sí misma, de su vida y de su obra. Sin tabús. Con una predilección por el gore médico.

Diez minutos después de mi llegada, ya me estaba explicando su parto con todo tipo de detalles —«hace más de treinta años, sin los medios de anestesia modernos; una verdadera tortura, puedes creerme»—, la episiotomía de su hija —«es todo un invento esto de la epidural. No me hubiera quedado en dos hijos si hubiera existido en mi época»—, la colocación de la sonda gástrica de su hermano —«más o menos a este nivel, mira, ¿ves?, exactamente aquí».

Monique es hipocondríaca e internet alimenta su neurosis. Le basta un doble clic para ver cómo se despliegan los síntomas de un montón de enfermedades espantosas que hasta ese momento ni siquiera sospechaba que existieran. Síntomas que naturalmente ella misma presenta en cuanto ha cerrado la página desvelada por el oráculo Google. A continuación, para informar a su entorno del terrible diagnóstico, naturalmente Monique se precipita al teléfono.

—Nunca adivinarías lo que me está pasando —anuncia a su interlocutor a modo de preámbulo antes de lanzarse a describir detalles que asquearían a los guionistas más ague- rridos de la más truculenta serie de médicos.

Sin embargo, por ruidosa que sea esa convivencia entre

Monique, su teléfono y yo, no resulta desagradable. Al contrario que la mayor parte de los miembros del departamento, Monique no se toma la molestia de declararse «desbordada». Su honestidad la sitúa entre las personas que prefiero frecuentar.

Cuando no telefonea y tiene las dos manos libres, Monique prepara sabias infusiones destinadas a curarla de todos los males que se supone que padece. Armada con el arsenal de píldoras y sobrecitos de que dispone la parafarmacia vecina, Monique remueve, agita, calienta. Hoy, el resultado de sus manipulaciones es de un inquietante color amarillento. Tras probar el brebaje, hace una mueca y me explica doctamente:

—Es mi hígado. Está sucio, pero esto lo arreglará en un santiamén. ¿Y quieres saber lo mejor de todo? Me temo que mi intestino grueso está bloqueado, ¡pero con esto en dos horas mi tránsito intestinal volverá a tener un funcionamiento im-pe-ca-ble! ¿Qué me dices, eh?

—No gran cosa. Aunque te sorprenda, no tengo una opinión concreta sobre esto, te lo confieso.

—Ay, los jóvenes... En mi época teníamos más curiosidad por las cosas de la vida —empieza; pero lo que prometía convertirse en uno de los peores castigos de la jornada se ve interrumpido por la llegada repentina del Jefazo, que se presenta con el aire incómodo del que va a colarme un expediente basura.

Se rasca nerviosamente su incipiente calva —«le ha salido por todas las preocupaciones que tiene en la oficina», asegura Embobada— y se aclara la garganta antes de anunciar:

—Zoé, el alcalde desea relanzar una de nuestras antiguas cooperaciones y necesitaré su ayuda. El alcalde la necesita —concluye en tono grave.

Diantre, debe ser un expediente para partirse los dientes si el Jefazo lleva el peloteo hasta el punto de decirme que

el Superelegido, que sería incapaz de identificarme como funcionaria de su Ayuntamiento en una reunión de cinco personas, me necesita.

Sus cabellos cuidadosamente engominados, sus mofletes y su poco común capacidad para hacer equilibrios sobre la línea de la legalidad sin caer nunca del lado malo, le han valido a nuestro alcalde el mote de El Padrino.

Don Vito Corleone. Una versión claramente menos sexy del Don.

Aunque él no tiene necesidad de casar a su hija en Sicilia para hacer la vida más fácil a toda la cuadrilla de mediocres cortesanos que le lamen las botas hasta deshidratarse a lo largo de la jornada. Todo el año es un rosario de nepotismo y pequeños favores.

El Jefazo parece tan incómodo que decido abreviar sus sufrimientos preguntando:

—¿Y de qué tipo de cooperación se trata?

—Una cooperación con China. Con la ciudad de Changchun, en el Jilin, para ser exactos.

—¿China? ¿Pero por qué debería encargarme yo de este expediente? Una de las encargadas de misión de la señora Richard, Lin, es china. Vivió en China y habla chino. ¿No sería más lógico que fuera ella la que lo recuperara?

—He decidido que Lin se encargue del expediente Malta. Encaja mejor con su perfil.

Sin poner en cuestión directamente las competencias del Jefazo en materia de gestión de recursos humanos, intento una última objeción:

—Ella no habla inglés y yo no hablo chino...

El Jefazo rechaza mi argumento con un gesto decidido de la mano, inclina ligeramente la cabeza de lado y empieza a explicarse articulando cada sílaba, como si se estuviera dirigiendo a una cría de cuatro años. Y retrasada, además.

—Es que el expediente China no requiere que se hable chino. Tenemos un convenio con una empresa de traducción. Solo habrá que redactar un acta adicional, y usted está perfectamente cualificada para hacerlo. Por no hablar de la inmensa plusvalía que supondrá para usted en términos de experiencia profesional —concluye dirigiéndome una inclinación de cabeza cargada de sobreentendidos.

Y es que el Jefazo posee la cualidad poco común de hacer creer a la persona a la que le está colando un expediente de mierda que le está haciendo un inmenso favor y que las molestias momentáneas no son nada en comparación con el inmenso progreso profesional que extraerá de ellas a largo plazo. En su calidad de gran visionario puede permitirse tranquilamente pedirte que friegues los lavabos del departamento con un cepillo de dientes, ya que solo él es capaz de ver que una labor como ésta será increíblemente instructiva y formadora en el desarrollo de tu carrera. Uno más de esos nebulosos argumentos sacados de alguno de los innumerables libros y revistas de *management* que se acumulan en la oficina y que desbordan de consejos para «convencer útilmente», «tutear a los empleados sin perder la autoridad» o «imponerse con solo un apretón de manos».

—Habrá que preparar un dossier para los cargos electos con todas las informaciones posibles sobre la provincia de Jilin, y especialmente sobre la ciudad de Changchun —continúa—. Y un dossier técnico dirigido a los directores de empresa que pensamos invitar el 8 de noviembre.

—¿El 8 de noviembre? ¿Dentro de solo tres semanas? ¿Y con qué motivo?

—Tal vez hubiera debido empezar por ahí: el alcalde ha invitado a una delegación de 58 chinos del 7 al 9 de noviembre. Usted tendría que preparar el recibimiento y ocuparse del alojamiento y las visitas a los puntos de interés de

la ciudad que quieren conocer. Visitas turísticas, pero también a empresas especializadas en los sectores del vino y el automóvil. Y del transporte de peces vivos.

—¿Transporte de peces vivos?

—Por lo que se ve, nuestros amigos chinos quieren establecer relaciones de colaboración con empresas francesas especializadas en el transporte de peces vivos. Y también querrían ver vacas.

—¿Ver vacas?

Trato de recorrer mentalmente mi currículum para encontrar algún elemento que haya podido conducir al Jefazo a pensar que estoy realmente cualificada para buscar empresas especializadas en el transporte de peces vivos y una manada de vacas, pero no encuentro nada.

—Así que habrá que organizar la cena oficial del día 8, a la que asistirán una treintena de directores de empresas locales especializadas en el vino, el automóvil y el transporte de peces y, evidentemente, el alcalde y sus adjuntos —acaba el Jefazo, y por su expresión contrariada deduzco que aún hay algo que no me ha dicho.

—Y...

El Jefazo inspira hondo y me confiesa:

—Tendría que ponerse en contacto con la dirección de Desarrollo Económico. Han redactado un anuario sobre los actores económicos de la ciudad y el departamento que puede sernos útil, pero no es de libre acceso por el intranet. Si se lo pido directamente a la directora general, no me lo dará. A usted, en cambio, aún no la conoce, de modo que tiene más posibilidades. Evite comentar que trabaja para mí —concluye antes de esfumarse.

El Jefazo dispone de un capital de simpatía particularmente importante en los departamentos y entre los cargos electos. Sin embargo, hay una persona a la que no soporta y que le

paga con la misma moneda, la directora general adjunta a cargo del Desarrollo Económico, Barbara Lambron, la amante del Don.

La importancia de los cargos electos no se mide por su trabajo. Esto ocurriría en un mundo perfecto en que los buenos van vestidos de blanco. Aquí, en el mundo real, se mide por su capacidad de recolocar a su amante en el organigrama de la administración.

Hace unos años, un concejal de segunda fila se trajo de un seminario en América Latina a una masajista brasileña a la que nombró azafata de recepción del Ayuntamiento. El Don, por su parte, como corresponde a su estatus de alcalde, ha instalado directamente a su amante en la cúspide de la pirámide jerárquica como directora general adjunta.

Barbara, una mujer toda arrogancia que ronda los cuarenta, procede de «la privada», donde ejercía unas muy vagas funciones de «*manager*». Perfectamente al tanto de la regla de oro del Ayuntamiento —los elementos que ocupan los puestos más elevados trabajan el mínimo—, se pasa el tiempo ejerciendo funciones de representación, acompañada de un puñado de fieles vasallos. Antropológicamente, la fantasía de un cuadro superior macho es trabajar con una manada de modelos rubias de metro ochenta vestidas con minifaldas tan pequeñas como su coeficiente intelectual. Para una mujer, en cambio, es dirigir a un ejército de hombres. Así, a excepción de su secretaria, probablemente afectada por el síndrome de Estocolmo ya que es capaz de soportar sin rechistar todas las humillaciones que le inflige su jefa, el equipo de Barbara es exclusivamente masculino y está diseñado para responder en cualquier circunstancia a la santa voluntad de su directora.

Trabajar con ellos es una auténtica cruz. Desprovistos de cualquier sentido práctico y de iniciativa, nunca toman

una decisión sin antes haberla consultado con su tirano, paralizando de este modo la progresión de la mayoría de los expedientes. Si a eso se añade el hecho de que a Barbara le basta una noche pasada en posición horizontal con el Don para enterrar un expediente que no le gusta, empiezo a comprender mejor por qué este nuevo expediente ha aterrizado sobre mi escritorio.

11 h 00

Después de pasar veinte minutos llamándola, por fin consigo que se ponga la asistente mártir de la amante del Don.

—Buenos días, soy Zoé Shepard, de la AIE. Dentro de tres semanas recibimos a una delegación extranjera y necesitaría la lista de los actores de la región implicados en el desarrollo económico en el plano internacional, si es tan amable.

—¿Qué le hace pensar que la tenemos nosotros? —replika una voz en tono áspero.

Empezamos bien...

—Confieso que el nombre de su dirección, «Desarrollo Económico», me ha proporcionado la primera pista.

—Solo tenemos un anuario.

—Es justo lo que necesitaría. ¿Podría enviármelo por correo electrónico, por favor?

—No.

—Emm... ¿Puedo ir yo a recogerlo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque la señora Lambron no está aquí y no sé en qué fichero encontrarlo. Es mi hora de almorzar, adiós.

Muy bien, busquemos rápidamente un plan B. Hago la prueba con un farol de libro:

—¿Quiere que le pida a la asistente del señor alcalde que

la llame después de su hora de almorzar para que busque el anuario?

El silencio en el otro extremo de la línea me indica que mi estrategia ha funcionado. En el Ayuntamiento hay algunas palabras que tienen efectos mágicos. Decir que informarás al alcalde de la inacción de sus departamentos se encuentra en cabeza de la lista. Su eventual ira frente a la pereza de sus subordinados es una pura leyenda administrativa, ya que él mismo ha instalado a la mayoría de los peores vagos en la cúspide del organigrama, pero la amenaza parece quebrantar la resistencia de la secretaria de Barbara, que se pone a balbucear:

—No puedo abandonar mi puesto para llevárselo.

—No hay problema, iré a buscarlo. Muchas gracias por su ayuda.

11 h 25

Con el teléfono encajado entre el hombro y la oreja, consulto el anuario en busca de viticultores, constructores automovilísticos y transportistas de peces vivos. El problema está en que, evidentemente, no hay ninguna página de «transporte de peces vivos». Veamos... «Piscicultura»; ¿por qué no? Una vez criados, supongo que no dejarán que los peces disfruten tranquilamente de su balsa durante días... «Transporte de mercancías perecederas»...; eventualmente podría funcionar.

Cuando me contrataron en el Ayuntamiento, estaba persuadida de que realmente iba a poder actuar, aportar las competencias que había adquirido en el curso de mis ocho años de estudios para cambiar cosas y así hacer posible que el servicio público funcionara mejor.

Lo sé, a veces soy de una ingenuidad que asusta.

En los seis meses que llevo en el departamento, me he

dedicado sucesivamente a fabricar informes repletos de cifras y de palabras incomprensibles muy serias que nunca han sido leídos, a pergeñar algunas notas de servicio, a simular que escuchaba en un número incalculable de reuniones vacías y a hacer en varias ocasiones de agencia de viajes organizando la acogida de delegaciones extranjeras.

Porque cuando estas delegaciones extranjeras aterrizan entre nosotros, hay que olvidarse de todo lo que se ha aprendido durante los estudios y recuperar algunos reflejos simples: ¿dónde podemos alojarles? ¿Qué les damos de comer? ¿Por dónde los paseamos?

La realidad es, en efecto, dolorosamente trivial: nuestros invitados extranjeros siempre preferirán mirar la tele tumbados en su cama en su habitación de hotel antes de ir a comer foie gras en una recepción oficial, a oírme disertar sobre el interés de la certificación de cuentas de los presupuestos locales por las cámaras regionales de cuentas, debate apasionante donde los haya.

Mientras escucho *La primavera* de Vivaldi tocada con una flauta, esperando a que un operador del hotel Mercure atienda mi llamada, me doy cuenta de que haber aprendido el modelo IS-LM, las sutilezas del artículo 6-1 de la Convención Europea de Derechos Humanos y las excepciones al principio de separación del ordenador de pago y el contable tal vez fuera, al fin y al cabo, una pérdida de tiempo.

Porque en resumidas cuentas lo que se espera de mí es que prepare las vacaciones de otros. Y en ese dominio la *Guía del excursionista* es infinitamente más útil que el del *Código general de las colectividades territoriales*.

Una voz jovial me arranca bruscamente de mis pensamientos. Una adepta más del «sonría al teléfono: ¡se oye!».

—¡Buenos días! Céline, del grupo hotelero Accor. ¿En qué puedo servirle?

—Buenos días, me llamo Zoé Shepard, trabajo en el

Ayuntamiento y del 7 al 9 de noviembre próximo recibimos a una delegación de 58 chinos que desearíamos que se alojaran en su hotel.

—¿Cincuenta y ocho habitaciones, pues?

—Cincuenta y siete habitaciones y una suite para el alcalde de nuestra ciudad asociada. Para la liquidación, ¿podría hacernos rápidamente un presupuesto aproximado, para que mi director lo acepte y yo prepare el expediente? Como de costumbre les pagaremos por orden de pedido una vez la delegación se haya marchado.

—Muy bien —responde Céline con un entusiasmo aparentemente inalterable, sin sospechar que no olerá la liquidación hasta que la factura haya pasado por los circuitos sinuosos de la administración, es decir, dentro de dos meses como muy pronto—. Necesitaré los nombres exactos de todas las personas de la delegación china.

—Nuestra secretaria le ha enviado la lista por fax hace unos diez minutos. ¿Aún no la ha recibido?

—Lo único que hemos recibido del Ayuntamiento son cinco hojas en blanco. En la primera hay un cuadrado donde pone: «¡Enviar por fax!», seguido de nuestro número de fax...

¡Embobada ha vuelto a encontrar la forma de enviar las páginas en la posición equivocada!

—Probablemente ha habido un problema con nuestro fax. Le vuelvo a enviar la lista inmediatamente.

—Muchas gracias, señora Shepard.

15 h 45

Al llegar al final de mi lista de empresarios seleccionados, estoy en condiciones de afirmar que, a pesar de los Juegos Olímpicos de Pekín, la sinofobia sigue en alza. En cuanto pronuncio la palabra «chino», puedo sentir cómo se ponen

rígidos antes de inventarse una excusa que yo ni siquiera me hubiera atrevido a soltar para saltarme la clase de educación física en primaria y colgar a continuación.

—Es que con todas estas historias de espionaje —trata de explicarme un criador de vacas lecheras.

—Solo quieren ver una manada de vacas. No hay motivo para temer nada.

—¿Y si clonan a una de mis vacas? —me replica preocupado.

—¿Cómo quiere que clonen a una de sus vacas? Vamos, seamos un poco realistas...

—¿No ha visto *Expediente X*? Han clonado a la hermana de Mulder, sabe —insiste antes de colgar precipitadamente.
¡Gracias, Hollywood!

16 h 15

Voy a ver al Jefazo a su despacho y le sorprendo sentado ante su ordenador en plena partida de Tetris. Falla en la colocación de un bloque y suspira antes de percibir mi presencia. Sin dar la menor muestra de azoramiento, se vuelve hacia mí:

—¿Algún problema? —pregunta, sabiendo que solo voy a verle como último recurso.

—Ningún empresario, ni viticultor ni criador de vacas, quiere recibir a la delegación china.

Se arrellana en su sillón, empieza a pellizcarse el arco de la nariz y finalmente me confiesa:

—Sí, bueno. La verdad es que ya quería comentárselo antes. Sospecho que la dirección de la señora Lambron se ha puesto en contacto con algunos empresarios para disuadirlos de que nos reciban.

¿Cómo el Jefazo, que tiene una fe casi ciega en el ser humano, puede abrigar este tipo de sospechas? ¿Es que an-

Lunes, 23 de octubre

tes de su partida de Tetris ha estado mirando la última peli de James Bond?

—¿Qué le ha llevado a pensar eso?

—Acabo de recibir una llamada del director de la Cámara de Comercio e Industria. Me ha dicho que Barbara Lambron le había desaconsejado que nos permitiera organizar encuentros entre nuestros empresarios y los chinos —explica.

Bien por las capacidades deductivas del Jefazo.

—Y ella ha dejado este mensaje en mi contestador —continúa oprimiendo la tecla.

La voz furibunda de la directora de Desarrollo Económico resuena en la habitación:

—Aún no puedo comprender cómo ha podido usted autorizar semejante sabotaje —escupe la voz de Barbara apenas deformada por el contestador—. ¡Es evidente que sus chinos están aquí para hacer espionaje industrial, y usted autoriza el saqueo de nuestras empresas!

El Jefazo corta el ataque histérico de Barbara y se vuelve hacia mí:

—Encuéntreme una manada de vacas y un castillo para que lo visiten, y yo me ocupo de los empresarios. El director de la Cámara de Comercio es un ex de Barbara. Le engañó con el alcalde. Está dispuesto a todo para desacreditarla y me debe un favor —concluye.

¡Oh, el implacable universo de Dallas!

Lunes, 23 de octubre

9 h 15

En el momento en que me dispongo a dirigirme a la cita fijada por el director de Pedidos para enseñarle mi proyecto de acta adicional para el convenio de traducción, mi móvil

vibra. Un texto del susodicho director: «¿Podría reunirse conmigo en el vestíbulo ante el panel de anuncios de la colectividad?».

Curioso lugar para una reunión de trabajo.

Encuentro al director de Pedidos, Thomas Becker, vestido con uno de sus innumerables trajes caqui, que le han valido el mote de Gigante Verde, ante el panel de anuncios de la colectividad. Lo escruta con tal intensidad que no puedo evitar echar una ojeada a los anuncios por encima de su hombro.

«Busco poste de la Compañía Nacional de Electricidad de 12 metros de largo o un andamio.»

«¡Colimador nuevo! ¡A estrenar!»

«Cambiaría setter inglés por fusil eyector del 70 de alta precisión.»

Mi mente retorcida esperaba algo tan distinto que me quedo sin voz. Carraspeo y el Gigante Verde se vuelve:

—¿La señorita Shepard? Es por lo de los chinos, ¿no?

—Sí. Lamento molestarle, pero es bastante urgente. Quería hablarle sobre el acta referente a la contrata de interpretación. Tenemos que contratar cinco intérpretes y el convenio suscrito por el Ayuntamiento con la empresa de traducción no incluye la lengua china.

—¿Sabe redactar un acta adicional para un convenio de prestación de servicios?

—Sí, pero de todos modos una persona de su departamento debería validarla.

—Me parece que eso será difícil. Ya sabe, a finales de octubre... —me dice lanzándome una mirada cómplice.

—Si le soy sincera, la verdad es que no.

—Bueno, ya comprenderá que no se puede poner en marcha el procedimiento en el momento en que la caza acaba de empezar.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Normalmente dirijo un departamento de cuarenta y

dos personas, ¿sabe?; pero el mes que viene, con la apertura de la temporada de caza, se divide por cinco.

El Gigante Verde se vuelve de nuevo hacia el panel:

—Supongo que usted no es aficionada, ¿no?

—¿Aficionada a qué? ¿A los anuncios de la colectividad?

—¡A la caza!

—No.

—No sabe lo que se pierde. En fin, ya se la corregiré, su acta —declara antes de despegarse con desgana de las cartulinas de colores que tapizan el panel de corcho y llevarme a su oficina.

Salimos del ascensor y constato que el Gigante Verde no me ha mentado: el departamento está desierto.

Por lo que se ve, para entregarse libremente a los placeres de la caza, sus funcionarios han cuidado los preliminares: encontrar un médico complaciente susceptible de firmarles la baja. Manifiestamente, los dos únicos funcionarios que encuentro ante la máquina de café del departamento están consultando los diarios al acecho de la epidemia de moda de la que podrían caer víctimas en breve plazo.

—La gripe, ¿cuándo empieza? Dos gastroenteritis en dos semanas, ¿es algo plausible? —pregunta ansiosamente uno de de los dos mientras vierte una dosis de azúcar en su capuchino.

—Ve a ver a mi médico, le dices que estás deprimido y te la da... quince días fácil...

—¡Quince días! ¡Pero eso no basta! El año pasado me deshice en lágrimas en la consulta del mío y fue radical: me dio tres cajas de ansiolíticos y un mes de baja. Qué lástima que se haya jubilado... fue una temporada genial... —acaba con los ojos brillantes de emoción.

Es como para preguntarse si quieren un certificado médico o hacerse internar directamente.

11 h 35

—El adjunto a cargo del Protocolo desearía hablarte. Es a propósito del expediente China. ¿Te lo paso? —me pregunta Embobada.

—¿El adjunto a cargo del Protocolo? ¿No es el de Asuntos Internacionales el que gestiona el expediente China?

—No. El alcalde ha preferido que sea Fred quien se ocupe de China... como está a malas con Hughes...

Solo faltaba esto para completar el día. Si nuestro electo de referencia, el enemigo público número uno del Don, es competente y se implica en sus expedientes, no ocurre lo mismo con el adjunto a cargo del Protocolo, Fred Mayer, uno de los más fieles cortesanos del Don. Fred es una especie de viejo verde, bronceado del 1 de enero al 31 de diciembre, que se ha convencido de que, ya que trabajo en su colectividad, debo rendirle pleitesía. Evidentemente no una pleitesía puramente intelectual. Su galantería y sus modales de *gentleman* le han valido el sobrenombre de Fred-manos-rápidas.

Los concejales del municipio tienen unas cuantas horas de vuelo: apenas son menos viejos que los senadores, que ya es decir... Con la pega de que por más que tengan aproximadamente la edad de Paul Newman en *El veredicto*, físicamente son su antítesis.

La mayoría de ellos, sin embargo, están trágicamente persuadidos de que el seudopoder que poseen les hace irresistibles a ojos de las mujeres. Jóvenes, evidentemente. Porque a la sexagenaria menopáusica y canosa ya la tienen en su cama. Y como están rodeados de una corte de aduladores que les lamen las Weston a lo largo de toda la jornada, forzosamente acaban convencidos de su poderío. Y por tanto, de su capacidad de seducción.

Y por desgracia para mí, el electo encargado del Protocolo no constituye ninguna excepción a la regla.

Para distinguirse, Fred no ha decidido ser el excepcional electo que trabaja sus expedientes a fondo y plantea cuestiones pertinentes. Como mucho se ha convencido de que la unción del sufragio universal proporciona a su beneficiario un estado de gracia que le aporta capacidad de discernimiento y competencia. Por consiguiente, reconocer una necesidad de formación, al desacralizar el poder, contribuiría a empedregarlo y arrebatarle su calidad de demiurgo.

Poco dispuesto a hacerse notar por su asidua participación en las reuniones, Fred ha optado más bien por el nicho «yo soy un tío de la *jet set*». Su primera preocupación no es en absoluto la de saber si un expediente está bien equilibrado. Los aspectos técnicos le aburren profundamente y no se preocupa de ocultarlo. Lo que él quiere saber es quién tomará las fotos durante la conferencia para informar al fotógrafo sobre el ángulo que más le favorece.

Descuelgo mi teléfono y respondo a la llamada:

—¿Señor Mayer?

—Zhora —empieza—. Ya sabe que recibimos a los chinos de Jiangsu dentro de diez días.

Fred ha renunciado a atiborrarse el cerebro con informaciones tan superfluas como la identidad de las personas que componen los departamentos, y nos engloba a todos en el colectivo «mis funcionarios».

—De hecho es Zoé y los chinos de Jilin, pero sí.

—¿No es lo mismo?

—No, son dos provincias diferentes. No tenemos ninguna cooperación con la provincia de Jiangsu.

—¿Y dónde está Jilin?

—En el nordeste de China. Capital Changchun, nuestra ciudad asociada. Posee importantes recursos forestales y se han especializado en el cultivo de la soja y del maíz, así como en la industria automotriz...

—Ya veo, ya veo —me corta Fred sin tomarse la molestia—

tía de ocultar su aburrimiento—. ¿Ya está todo listo para la recepción del día 8?

—Desde luego, lo tengo todo perfectamente controlado.

Ligera deformación de la realidad. Aunque me he asegurado personalmente de que el encargado del catering esté al corriente de que debe preparar una cena para un centenar de personas, evitando servir a unos chinos acostumbrados a comer pequeños bocados de comida bien cocida con palillos, unos filetones de medio kilo, he encargado a una de las asistentes del Jefazo, Michelle, que gestione el envío de las invitaciones.

Michelle soporta todo el peso del departamento. Dotada de un rigor y una disponibilidad dignos de admiración, es ella quien rectifica nuestros errores jurídicos para impedir que enviemos a los cargos electos a chirona. El Jefazo podría irse un mes a las Seychelles y nadie se daría cuenta. En cambio, cuando Michelle se toma dos días de asuntos propios, el departamento se paraliza. Pero como en lugar de pasarse el día lamiéndoles las botas a los poderosos de la colectividad y haciéndose publicidad, Michelle trabaja, se mantiene en la parte baja de la escala jerárquica.

11 h 52

Después de haber despedido a Fred, empiezo a acosar a Michelle para asegurarme de que los presupuestos retenidos se han enviado a su debido tiempo y todo está a punto para la recepción.

Michelle me tranquiliza: todo está bajo control, todo irá bien.

11h 53

Michelle me vuelve a llamar. Ahora que lo piensa, es posible que sí haya un pequeño problema. Los tarjetones de invitación no se han enviado.

—Pero ¿por qué no se han enviado?

—Porque el departamento de Protocolo no los ha redactado —explica con toda lógica—. Habrá que ir a ver a Jeanine, del departamento de Protocolo, en el gabinete del alcalde.

Por desgracia, el gabinete del alcalde suele ser a la inteligencia y la eficacia lo que las prisiones afganas lo son a los derechos humanos, y el nuestro no constituye una excepción. Es incluso el ejemplo tipo del gabinete donde se apretujan los antiguos cargos políticos incolocables, las «amantes de» y los «hijos de». Estos agujeros negros cerebrales pueden dividirse en tres categorías:

—El consejo de los «investigadores», la mayor parte de los cuales nunca ha llegado a validar su tesis. El mundo científico ha podido sobrevivir perfectamente a la interrupción de sus irrelevantes trabajos, pero estos fracasados han encontrado una escapatoria para poder chupar de la hacienda pública haciéndose reclutar por el Don;

—El clan de los «juristas», cuya leyenda y currículum oficial explican que efectivamente pasaron cinco años en una facultad de derecho. De la que salieron con una diplomatura o, en el caso de los más brillantes de entre ellos, con toda una licenciatura, antes de ser caritativamente empleados por la mafia gabinetista.

—La secta de los «privatistas». De ellos solo se sabe que proceden de «la privada», pero nunca precisan si trabajaron en un banco o en una empresa de limpieza de sanitarios.

Esta mafia descerebrada oculta a un número importante de alquimistas inversos que consiguen transformar los expedientes más interesantes en apestosas basuras.

Uno de los miembros más nocivos de la banda de los gabinetistas, Jeanine Janson, es la hija natural de la Castafiore y Godzilla. A sus casi sesenta años, le sobran unos cuantos kilos, pero eso no ha frenado su afición por las grandes flores rosas, sobre todo cuando puede combinarlas con colores delicados, como el verde césped de Wimbledon, el rojo tierra de Roland Garros o el azul de las pistas del Abierto de Estados Unidos.

En una palabra, el refinamiento hecho mujer.

Jeanine nunca está en su despacho y, previsiblemente, la encuentro al doblar la esquina de un pasillo conversando con una de sus colegas.

La mirada sombría que me lanza muestra a las claras que la estoy molestando.

—¿Cuál es el problema? —me ladra como preámbulo.

—Buenos días. Hubieran debido enviarse unos cien tarjetones de invitación para la cena oficial de recibimiento de la delegación china... pero resulta que los tarjetones no están.

—¿Es usted la que me ha enviado el mail para decirme que los hiciera?

Fantástico, reconoce que lo ha recibido. Esto me libera de la penosísima tarea de encontrar el susodicho mail. Parece que al fin y al cabo he juzgado mal a Jeanine, esta mujer extraordinaria de una honradez sin tacha que reconoce que ha sido ella la que ha cometido el error, sin acusar a su departamento, a la red de internet o a la conjunción de los planetas...

Antes de que haya tenido tiempo de flagelarme mentalmente, Jeanine arranca.

A aullar.

Y a lanzar perdigones.

—No me gustan sus modales, adónde iremos a parar, acabo de volver de mis vacaciones y usted me envía un mail ordenándome que haga tarjetones de invitación, pero ¿por quién me toma?

—Por la jefa del departamento de Protocolo...

—Ya es suficiente, no juegue con las palabras, acabo de volver de vacaciones, de modo que...

¿Acaso existe en esta colectividad una ley secreta según la cual, después de las vacaciones, hay un período de transición en el que no se da golpe antes de volver a ponerse al trabajo?

—Bueno, pues si ha vuelto de vacaciones, ya está aquí, y tal vez pueda preparar y enviar estos tarjetones...

—De todos modos no tengo tiempo, así están las cosas.

Perfecto. Otra *desbordada* que me obligará a hacer su trabajo.

—Dígame cómo hacerlo y lo haré.

—¡Las cosas no funcionan así aquí! Para empezar, ¿sabe qué necesito?

¿Un exorcista?

—Jeanine, ¿cómo va lo de los tarjetones de invitación para la recepción del día 8? —interviene el director general, que acaba de salir del ascensor.

—Bueno, resulta que... —empieza a escupir Jeanine.

—Resulta que los tarjetones deben enviarse hoy a más tardar. Si no los has acabado aún, ponte a la faena. ¡Vuelves de tres semanas de vacaciones, de modo que debes estar a tope! Tengo que presentárselos al alcalde antes de mediodía para que dé su visto bueno, ¿sabes? ¡Venga, al trabajo!

Su intervención es tan providencial que me entran ganas de abrazarlo. Jeanine me fulmina con la mirada y se va hacia su despacho arrastrando los pies.

—Michelle acaba de llamarme y de explicarme que había un bloqueo —me explica el director general—. ¿Hay

¡Estamos desbordados!

algo más que pueda hacer, ya que estoy en ello? —propone para mi gran sorpresa.

¿Desde cuándo el Gran Jefe Sioux se presenta voluntario para trabajar?

Supero la impresión y decido lanzarme:

—¿Sabe dónde podría encontrar un criador de vacas que esté dispuesto a recibir a un grupo de unos sesenta chinos?

Miércoles, 25 de octubre

9h 15

Llego a mi despacho y encuentro hasta tres mensajes angustiados de mi homólogo chino en mi buzón de voz. El primero es incomprensible, pero consigo captar la palabra «visado» en el segundo y «carta» en el tercero. Enciendo el ordenador y me conecto directamente con mi mail profesional.

De: Li Wang

A: Zoé Shepard

Buenos días:

Seguimos sin haber recibido la carta de invitación de su alcalde, pero para obtener nuestros visados y salir de territorio chino, las necesitamos imperativamente.

¿Le sería posible enviarnoslas por fax con la máxima rapidez?

¿Cómo? ¡¿Qué aún no han recibido la carta de invitación?! ¡Hace más de diez días que la redacté!

Me precipito al despacho de Embobada. Vacío, evidentemente. Salgo disparada hacia la máquina de café, donde la encuentro con Karine discutiendo sobre los méritos com-

parados de las salsas tártaras que se encuentran en la sección de productos frescos del súper.

—Buenos días, Coralie. ¿Sabes por qué aún no se ha enviado por fax la carta de invitación del alcalde a los chinos?

—Aún no ha vuelto del gabinete —me anuncia Embobada.

—¿Cómo que no ha vuelto del gabinete?! ¡La llevé a la firma hace más de diez días!

—Bueno, habrá que ir a ver qué ha pasado.

La banda de los gabinetistas. Hubiera debido sospechar que el problema venía —una vez más— de ellos. Entre sus numerosísimas e importantísimas funciones, en el gabinete se encargan de hacer firmar a los cargos electos notas o cartas. Por regla general, cartas de cortesía sin ningún valor jurídico colocadas mediante un sistema técnicamente revolucionario —enganchadas con dos clips— en un portafirmas, una especie de clasificadores sin anillas de cubiertas rojizas, envejecidas, que se supone que encarnan la solemnidad del servicio público.

A veces, en un arranque de lucidez, Embobada añade un post-it con un «Gracias por firmar todas las hojas del portafirmas...».

En el mejor de los casos, el portafirmas vuelve firmado diez días después de haber sido enviado. Y una vez de cada cuatro se pierde, de manera que regularmente nos llega una avalancha de mails angustiados de los diversos departamentos con el título «¡Portafirmas perdido! Urgente».

Y mi carta de invitación forma parte, por lo que se ve, de los portafirmas perdidos.

—Si el gabinete no la encuentra, habrá que rehacerla —me indica Embobada—. Pero el alcalde está de viaje y no volverá hasta el día 30.

Mi móvil se pone a vibrar y reconozco el prefijo telefónico chino. ¿Qué hacer? La opción A, telefonar al gabinete para oír cómo la secretaria esgrime mil excusas que no de-

jan traslucir ni la menor señal de remordimiento —el habitual «les llegará dentro de poco», el inevitable «el alcalde está desbordado en este momento» y su cortejo de excusas, eufemismos, omisiones, antífrasis y otras formas de desviar la ira causada por su legendaria ineficacia—, no me parece la solución más productiva. Necesito un plan B inmediatamente. Reflexiona, Zoé. Rápido.

Apago mi móvil y vuelvo al despacho en el momento en que Monique llega con el móvil en una mano y un panecillo con pasas en la otra.

—Vaya, parece que hay algo que no marcha —diagnostica al verme tamborilear nerviosamente con los dedos sobre el escritorio en busca de una idea genial que se hace esperar.

—El gabinete ha perdido el portafirmas en que había colocado mi carta de invitación para los chinos. Y por lo visto el alcalde se ha largado a Katmandú o al Nepal...

—A Le Havre —me corrige Monique, demostrando una vez más su absoluta falta de capacidad imaginativa.

—La carta firmada se tiene que enviar por fax hoy como muy tarde.

—¿Y dónde está el problema?

—Alcalde ausente igual a no firma, igual a carta no validada, igual a no visado, igual a no chinos, igual a mierda hasta el cuello.

—Venga, imprime tu carta —dice Monique mientras revuelve en su cajón—. Tengo que practicar un poco antes, pero debería funcionar.

—¿Qué quieres decir con practicar un poco?

—Zoé, tú espabila y pásame esa carta —me corta con autoridad.

¡Ostras! Nunca la había visto tan animada. Parece una chiquilla de doce años antes de su primera fiesta. Imprimo la carta y se la tiendo. Monique respira hondo, coge una pluma, y con un gesto decidido, traza la más perfecta imita-

ción de la firma del Don que haya visto nunca. Me quedo con la boca abierta.

—¡Impresionante! ¡Gracias!

—Imagínate si un día le echo mano a su talonario de cheques... —responde con aire soñador.

Al final la jornada ha sido bastante productiva: la carta firmada y un criador que está dispuesto a enseñar sus vacas a los chinos. Solo espero que ahora no le dé por ver *Expediente X*.

Sábado, 28 de octubre

5h 15

¿Cuánto tiempo se necesita para morir de hipotermia? Hace más de media hora que espero en un muelle helado a que desembarquen la estatua de bronce para firmar los papeles de la aduana.

Mientras me subo el cuello del abrigo, me meto las manos en los bolsillos y aprieto los puños, me pregunto cómo la chiquilla de siete años que iba a ser piloto de globo u horticultora, debía casarse con el guapo Vincent y llevarse el bote de *El precio justo* para amueblar la casa que nosotros mismos nos construiríamos se encuentra, veinte años más tarde, esperando que un improbable carguero desembarque una estatua de bronce de dos metros que pesa 250 kilos.

Me gustaría saber en qué momento ese imparable proyecto vital degeneró.

Porque sin duda «degenerar» es la palabra exacta: nunca me presenté a *El precio justo*, vivo en una calle peatonal y de Vincent solo conservo una tarjeta de San Valentín que me dio en primero de bachillerato. Y me he convertido en alta funcionaria territorial. Nada que ver con mis proyectos iniciales.

La clave del asunto está en que siempre fui una buena alumna.

No por elección, bien mirado. Sino más bien por defecto. Creo que hay dos categorías de chicas en la vida: aquellas que son populares, que siempre están rodeadas de una corte de admiradores, que, desde el primer curso en el parvulario, son invitadas a todos los cumpleaños y fiestas posibles y que serán elegidas Miss Tercera Edad en la residencia de ancianos, y las otras, dotadas para otra cosa: el Monopoly, la geometría espacial, el macramé... Y pronto se hizo evidente que, a pesar de mis esfuerzos, nunca llegaría a formar parte de la primera categoría.

Aprendí a leer a los cinco años, y este aprendizaje aniquiló las escasas aptitudes para la socialización que poseía, asestando un golpe fatal a mi vida en grupo, que a partir de ese momento relegué a un segundo plano en beneficio de la ficción. No ver las fiestas más que en fotos, mi torpeza en todo lo que se pareciera de cerca o de lejos a un deporte colectivo y el hecho de que la broma preferida de mis sucesivos profesores de dibujo fuera hacer identificar a toda la clase, entre risas, mi última obra, me probaron rápidamente que ser una buena alumna era realmente la única salida que me quedaba.

La *buenalumna* no siempre conduce a la función pública, pero cuando a ella se unió el miedo patológico al paro, mi destino quedó sellado.

Un imperioso «Señorita, ¿usted es la que ha venido del Ayuntamiento para arreglar lo de los derechos de aduana?» me arranca de mis reflexiones. Me adelanto y tiendo la mano a un gigante vestido con una parka amarillo chillón que mira mis zapatillas Converse con aire desconfiado.

Le enseño mi carnet de identidad y empiezo a firmar los papeles que me tiende.

—¿Se la llevará enseguida?

—Estoy sola y la estatua pesa más de doscientos kilos; ayúdeme a cargármela a la espalda y me voy.

Sábado, 28 de octubre

—¿De verdad? No estoy familiarizado con...
... el concepto de ironía, es evidente.

—Dos empleados de mantenimiento del Ayuntamiento vendrán a recogerla dentro de unas horas, yo solo he venido para firmar los papeles de la aduana.

Acabo de rellenar los papeles, se los entrego, le doy las gracias y me vuelvo a casa. Allí me pongo otra vez el pijama, me acuesto de nuevo y enseguida estoy dormida otra vez.